

La reparación por las infidelidades al camino de la vocación

Hoy en día se habla más bien poco acerca de la reparación por los pecados. Asociamos esto más bien con ciertas prácticas piadosas, como los primeros viernes o los primeros sábados del mes; sin embargo nos resulta difícil ver en esto algo importante desde el punto de vista existencial.

¿Cómo reaccionamos cuando nos enteramos de algunos casos de infidelidad, de pecados o de escándalos que involucran a nuestros hermanos de comunidad? Tal vez reaccionamos sin manifestar exteriormente que estamos indignados y escandalizados, pero en el fondo sentimos una maliciosa satisfacción y la impresión de que "yo soy mejor". Tal vez reaccionamos con un juicio, diciendo: "siempre supe que de esa persona nada bueno resultaría". O tal vez, al enterarnos del pecado de alguien, se despierta en nosotros una envidia profundamente oculta: ese hermano se sirvió del placer del pecado, en realidad yo también quisiera hacer lo mismo, pero no me lo permite el sentido de la conveniencia. Démonos cuenta de que el denominador común de estas diferentes reacciones es la siguiente actitud: "ese es su problema, no el mío". El mundo de hoy está cada vez más atomizado y es imposible ocultar que la mentalidad individualista nos afecta cada vez más también a nosotros, que pertenecemos a la Iglesia y a una comunidad religiosa. Y en esta mentalidad, el problema de la reparación por la infidelidad a la vocación no tiene posibilidad de existir en lo absoluto.

También pensamos con hostilidad acerca de la reparación en el contexto de nuestros propios pecados e infidelidades. Si acudimos al Sacramento de la Reconciliación y realizamos la penitencia impuesta, ¿acaso no basta con ella? ¿Tiene sentido hacer de alguna manera una penitencia adicional por los pecados que ya fueron perdonados?

Qué no es la reparación por los pecados

Para evitar malentendidos, al principio hay que decir claramente qué *no* es la reparación por los pecados.

Primero que todo, la reparación no es una forma de saldar cuentas entre nosotros y Dios. No se trata de que tengamos que realizar algunos actos que nivelen o por lo menos inclinen el fiel de la balanza del pecado. Esto significaría que en la Iglesia existe un camino de auto salvación, pero esto, a decir verdad, es una pura herejía. En lo que se refiere a nuestra salvación, no hay cosa alguna que estemos en condiciones de hacer por nosotros mismos (cf. Jn 15, 5). Nuestros actos, aunque fueran heroicos al máximo, no son y no serán adecuados ante Dios.

En segundo lugar, en lo que se refiere a la reparación por los pecados e infidelidades de alguien, no se trata de que haga penitencia por los pecadores, sintiéndome al mismo tiempo justificado y en realidad, mejor que ellos. Una "reparación" así sería en realidad un acto de hipocresía y un pecado de orgullo.

En tercer lugar, la reparación no consiste en los solos actos externos de penitencia. A decir verdad, estos son necesarios, pero no se puede hacer de ellos lo esencial. Si no se tiene una actitud espiritual apropiada, son vacíos. Ya el profeta Isaías condenó la falsa penitencia, que se reduce exclusivamente a actos externos: "¿Había que doblegar como junco la cabeza, en sayal y ceniza estarse echado? ¿A eso llamáis ayuno y día grato a Yahveh?" (Is 58, 5).

En cuarto lugar, si reparo algo a otra persona, con frecuencia le doy algo de mí mismo. En el caso de la relación con Dios, una reparación de este tipo es imposible. No estoy en condiciones de darle algo a Él que no le pertenezca ya a Él. Al hablar de ofrecer sacrificios a Dios, San Agustín recurrió a una comparación: nuestras ofrendas son como flores que los niños le dan a sus padres, pero las flores vienen del jardín que le pertenece a esos padres.

En qué consiste la reparación

Jesucristo es nuestra única reparación

San Juan escribe en su Epístola: "Tenemos a uno que abogue ante el Padre: a Jesucristo, el Justo. Él es víctima de propiciación por nuestros pecados, no sólo por los nuestros, sino también por los del mundo entero" (1 Jn 2, 1-2). Toda reflexión sobre el tema de nuestra reparación por los pecados tiene que apoyarse sobre este fundamento, en caso contrario, es falsa. La reparación eficaz ya se realizó en el sacrificio de Jesucristo. Todos los pecados pasados, presentes y futuros. fueron clavados junto con Cristo a la Cruz. Ninguna otra persona está en capacidad de realizar una expiación eficaz por los pecados. El hecho de que estamos reconciliados con Dios por la sangre de Cristo, no significa que nos esté permitido vivir con un sentimiento ilusorio de satisfacción de nosotros mismos o hasta de impunidad. Algo fundamental que resulta de ello es el primado absoluto de Dios y de Su gracia en la obra de nuestra reconciliación. Paradójicamente, no aceptamos esto de muy buen grado. Todos llevamos en nosotros mismos la tentación tan humana de controlar la propia vida en todas sus dimensiones, también en lo que concierne a nuestra vida espiritual. Aunque tal vez no lo reconozcamos con franqueza, quisiéramos tener

la iniciativa en la relación con Dios y poder tener influencia sobre Su voluntad. También quisiéramos eliminar, por medio de nuestra propia acción y trabajo personal sobre nosotros mismos, todas nuestras carencias y debilidades, para poder presentarnos delante de Dios con la cabeza en alto.

Entre tanto, es muy importante que sepamos presentarnos ante Dios con la consciencia de nuestro total desvalimiento, como aquellos que dependen totalmente de Él. Como dice el salmista con una consciencia profundamente realista de su debilidad: "¡Si nadie puede redimirse ni pagar a Dios por su rescate!, es muy cara la redención de su alma, y siempre faltará, para que viva aún y nunca vea la fosa" (Sal 49, 8-10). Y San Pablo escribe además en la Epístola a los Efesios: "Habéis sido salvados por la gracia mediante la fe; y esto no viene de vosotros, sino que es don de Dios; tampoco viene de las obras, para que nadie se gloríe" (Ef 2, 8-9).

Dios a veces permite que sintamos con una fuerza particular la propia debilidad e incapacidad para hacer cualquier cosa en cuanto a nuestra salvación. Esta experiencia obviamente no está al servicio de nuestro desaliento sino que es para que nos apoyemos firmemente sobre nuestra realidad y nos abramos al amor gratuito y salvífico de Dios.

Obviamente, en la fe no existe automatismo alguno. Dios no nos salva por encima de nuestras cabezas. La reparación por todos nuestros pecados e infidelidades fue realizada por Cristo, pero para que ésta sea fructífera, se exige una aceptación de parte nuestra.

La reparación por los propios pecados: vivir en la actitud de la conversión continua

San Pablo enfatiza con fuerza en la Primera Carta a Timoteo: "Es cierta y digna de ser aceptada por todos esta afirmación: "Cristo Jesús vino al mundo a salvar a los pecadores; y el primero de ellos soy yo" (1 Tm 1, 15). La sería vivencia de la relación con Dios empieza en el momento en que comenzamos a repetir estas palabras de Pablo como si fueran nuestras. El problema básico de muchas personas religiosas es la aversión a reconocerse pecadores ante Dios. Lo más frecuente es que esto sea resultado del miedo ante el rechazo. Nos ponemos máscaras los unos ante los otros, para mostrarnos mejores de lo que somos en realidad y, sin darnos cuenta, hacemos lo mismo delante Dios. Nos parece que ante Dios, perfectamente santo, tenemos que estar "en orden" porque, en caso contrario, seremos rechazados. Entre tanto, el corazón mismo del Evangelio es el amor gratuito de Dios por el pecador. "Todos pecaron y están privados de la gloria de Dios - y son justificados por el don de su gracia, en virtud de la redención realizada en Cristo Jesús" (Rm 3, 23-24). Si no me reconozco pecador, por consiguiente bloqueo al Salvador el acceso a mí.

Reconocerse pecador no es nada triste o desalentador. Al contrario, percibir que soy un pecador amado por Dios y llamado a la gracia; un pecador que por pura misericordia de Dios y sin mérito propio alguno recibe el don de la reconciliación, genera gratitud y amor en el corazón. Precisamente esta actitud de gratitud y amor en relación a Dios, que no es un asunto de un momento sino que abarca toda la vida, puede ser llamada "reparación", como la respuesta de amor al amor.

Esto no significa que desde ese momento me convierta en un hombre sin mancha y sin pecado. Al recibir la reconciliación con Dios no puedo decir: "Gracias Dios mío, ahora ya podré arreglármelas yo solo". Al contrario, al experimentar la misericordia de Dios, me doy todavía más cuenta de mi condición de pecador y sé que cada día debo confiarme a la gracia de Dios. En el antiguo oficio benedictino, los salmos de las Laudes comenzaba cada día por el Salmo 51 "Tenme piedad, oh Dios, según tu amor". Esta era una expresión de un realismo muy profundo. En esencia, puede decirse que el cristiano inicia cada día con un particular examen de conciencia, es decir, empieza por presentarse ante Dios con la consciencia de su propia flaqueza y de la petición de Su misericordia, sin la cual es imposible vivir según Su voluntad.

Otro aspecto muy importante de esto que podemos llamar reparación por nuestras propias infidelidades es la entrega total al servicio de Jesucristo y de Su Reino. No basta solamente con abstenerse de cometer pecados concretos en el obrar. Los respectivos actos de infidelidad con Dios son la consecuencia de algo mucho más profundo: de la actitud de vivir para uno mismo. Cada pecado en esencia es una forma de buscar la propia vida fuera de Dios, pero esta actitud puede manifestarse también de una forma muy sutil. Puede que yo sea externamente un religioso ejemplar, que no cometa ninguna infracción externa, que cumpla perfectamente con el orden de la casa religiosa e incluso que esté involucrado en obras muy buenas, pero que en todo esto viva para mí mismo. En cada uno de nosotros acecha la tentación de utilizar a Dios, a Sus dones y obras para una gratificación personal, para alguna forma de auto edificación. Esto en esencia es una infidelidad cien veces más peligrosa que los pecados externos. Porque en una situación de pecado, se ve claramente que estoy buscando mi propia vida fuera de Dios, en cambio en la situación de la idolatría sutil mencionada anteriormente, a la vez que existe un cumplimiento externo de la fidelidad a la vocación, uno puede vivir por largo tiempo en el engaño y en la ilusión con respecto a uno mismo.

San Pablo escribe en la segunda Carta a los Corintios: "Murió por todos, para que ya no vivan para sí los que viven, sino para aquel que murió y resucitó por ellos" (2 Co 5, 15). Por lo tanto, la verdadera reparación es el paso constante de la actitud de vivir para uno mismo y según los propios proyectos, a la vida para Cristo; de la actitud de "Señor, bendice mis ideas y proyectos" a "Señor, muéstrame lo que Tú quieres que haga" y a la disposición para renunciar a todos los propios proyectos de vida.

El modelo de esta actitud puede ser para nosotros el patrono de este año, San Pablo. Sus propias ideas para su vida lo condujeron a convertirse en asesino. Sin embargo, cuando durante el acontecimiento de Damasco, vio que su propio celo religioso estaba en realidad orientado contra Dios, inmediatamente preguntó: "¿Qué he de hacer, Señor?" (Hch 22, 10) y luego se entregó a sí mismo totalmente al servicio del Evangelio. Al mismo tiempo no consideró que al entregar su vida totalmente al servicio de Cristo y del Evangelio, estaba haciendo algo extraordinario. Para él mismo era obvio que no podía proceder de manera diferente: "Predicar el Evangelio no es para mí ningún motivo de gloria: es más bien un deber que me incumbe. Y ¡ay de mí si no predicara el Evangelio!" (1 Co 9, 16).

La reparación por la infidelidad consiste en entregarse totalmente al servicio de Dios, para realizar Su voluntad. Sin embargo, esto no significa que le estoy haciendo un favor a Dios. Al entregarme, le doy a Él lo que de todas maneras a Él pertenece. En cambio, cada vez que intento tratar mi vida como si me perteneciera sólo a mí mismo, me vuelvo un usurpador, que le roba a Dios lo que a Él pertenece.

La reparación por los pecados de los demás: misericordia e intercesión

Si observamos nuestra propia historia de vida, veremos que es la historia de una incesante fidelidad de Dios a pesar de nuestras diversas infidelidades. No obstante, al vivir en la comunidad de la Congregación, estamos también en contacto con los pecados de nuestros hermanos, que a veces son pecados muy graves, tales como el quebrantamiento de los votos, el escándalo público, su partida. ¿De qué manera vemos estas situaciones?

La actitud de indiferencia no puede conciliarse con el amor de Cristo. Si el pecado grave de un hermano de comunidad me tiene sin cuidado, eso significa que en realidad me hace falta el sentimiento de una comunidad real. Si tengo la impresión de que "ese no es mi asunto", entonces en mi actitud de alguna manera se deja oír el eco de Caín: "¿Soy yo acaso el guardián de mi hermano?" (Gn 4, 9).

Otra actitud que no es cristiana en lo absoluto es la actitud de juzgar. Si mi hermano comete un pecado y yo lo juzgo por esa razón, aunque sea sólo en mi corazón, soy más culpable que él mismo. Juzgar es algo que se opone directamente a las palabras de Cristo en el Sermón de la Montaña: "No juzguéis, para que no seáis juzgados. Porque con el juicio con que juzguéis seréis juzgados" (Mt 7, 1-2). Si realizo algún acto de oración o de renunciamento con el fin de reparar a Dios el pecado de mi hermano, pero lo realizo con la consciencia de ser mejor que él, ese acto es realizado en un espíritu completamente contrario al Evangelio y, como tal, carece de valor alguno.

Si con firmeza tengo en el corazón esa frase de Pablo citada anteriormente: "Cristo Jesús vino al mundo a salvar a los pecadores; y el primero de ellos soy yo" (1 Tm 1, 15), eso me permite mirar mi propio corazón con contrición y al prójimo con misericordia. Si en mí está realmente presente el amor de Cristo, se suscita en mí el deseo de salvar al hombre que está cometiendo el mal y no de rechazarlo.

La reparación por los pecados e infidelidades de mis hermanos consiste sobre todo en la intercesión. Ella se apoya en la solidaridad en el Cuerpo de Cristo. Yo mismo tengo la consciencia de ser un pecador amado por Dios y que recibe misericordia, por esa razón, también deseo que esa misma misericordia sea experimentada por aquel por quien intercedo.

El pecado grave o la infidelidad son un llamamiento a una ferviente oración de intercesión. Una expresión de la intensidad de la oración puede ser alguna práctica adicional, como el ayuno, la adoración nocturna o alguna otra mortificación realizada voluntariamente. Estas prácticas no sirven para obligar a Dios a cosa alguna, pero tienen sentido como expresión del fervor de la oración. En esto se pone de manifiesto el amor a Dios y a la persona que envuelvo con la oración. Como dijo San Pedro Crisólogo, el alma de la oración es el ayuno y la vida del ayuno es la misericordia.

Una parte de la reparación puede ser también ofrecerle a Dios, por una intención determinada, las fatigas, sufrimientos o humillaciones presentes en la vida de cada uno de nosotros. Esta no es una ofrenda mía, sino un completar en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo, a favor de su Cuerpo, que es la Iglesia (cf. Col 1, 24).

Maciej Zachara MIC
Polonia

Preguntas para la reflexión personal o comunitaria:

1. ¿Cómo vivo la experiencia del pecado e infidelidad a la vocación en mi propia vida? (cf. Ez 16, 61-63; 1 Tm 1, 12-17)
2. ¿En qué espíritu veo los pecados e infidelidades de mis hermanos de comunidad? ¿Cuál es mi reacción primera y espontánea al enterarme de que alguien está en crisis, en pecado o de que alguien se salió de la comunidad? (cf. Gn 9, 20-23; Ex 32, 31-33; Lc 18, 9-14; Rom 9, 1-3)
3. Dios no quiere que nadie se pierda y Jesucristo es el Enviado por el Padre para la salvación de los pecadores. ¿De qué manera alguien puede reconocer Su Rostro en mi vida y ministerio? (cf. Nm 20, 9-13; Mt 5, 38-48)